

Presentación del V Congreso Internacional de la Lengua Española

Hace pocos meses, en el Palacio de la Moneda, bajo la presidencia de la señora Bachelet, presentábamos en Chile el V Congreso Internacional de la Lengua Española, que se celebrará en Valparaíso del 2 al 5 de marzo del próximo año, 2010. Asistíamos, junto a numerosas representaciones, los directores de las veintidós Academias de la Lengua Española para subrayar el carácter hispanoamericanista que, de común acuerdo con el Instituto Cervantes, hemos querido dar a esa gran reunión que se inscribirá en el contexto de las conmemoraciones del bicentenario de la Independencia y el nacimiento de las Repúblicas hispanoamericanas.

Era forzoso que aquel acto tuviera el complemento de este de hoy para subrayar, al tiempo, la voluntad de España de acompañar a nuestros hermanos de lengua en sus celebraciones nacionales. “Hermanos de lengua”, digo, recordando la confesión de Gabriela Mistral: “Noto la diferencia de raza. Siento el indio que llevo dentro. No es la sangre la amarra que nos une, es la lengua. Pero la lengua es un vínculo más fuerte. Yo pienso que más que el amor.” La verdad es que, como ha escrito Carlos Fuentes en *El espejo enterrado*, una y otra cosa, la lengua y la sangre, fueron de hecho inseparables: “la intérprete pero también la amante, la mujer de Cortés y la Malinche, fue la que estableció el hecho central de nuestra civilización [hispanoamericana], mezclando el sexo con el lenguaje. Ella fue la madre del hijo del conquistador, simbólicamente el primer mestizo [...] Y la Malinche parió hablando esta nueva lengua que aprendió de Cortés, la lengua española, lengua de la rebelión y de la esperanza, de la vida y de la muerte, que habría de convertirse en liga más fuerte entre los descendientes de indios, europeos y negros en el hemisferio americano”.

Cuando la Asociación de Academias, responsable del programa académico de estos congresos, pensó en el título que habría de vertebrar este próximo tras acordar su carácter hispanoamericanista, Alfredo Matus, director de la Academia Chilena, que hoy nos acompaña, dijo: el concepto está claro, “lengua de la rebelión y de la esperanza”. De la *rebelión*, añado, porque el grito de independencia se alzó en español que era la lengua de los que ganaron y de los que perdieron. Para entonces se había enriquecido, en el mestizaje con numerosas lenguas aborígenes, de miles de vocablos y, con ellos, de un imaginario que maridaba la vieja herencia de Grecia y Roma, encarnada en el romance de judíos, árabes y cristianos, con el de aquel mundo nuevo que los descubridores y conquistadores apenas si acertaban a describir.

Y de la *esperanza*, porque el castellano, que dejó de ser precisamente entonces el idioma de una potencia para convertirse en la lengua de una familia universal de pueblos, sirvió para articular la nueva ciudadanía: al terminar el período colonial eran pocos en efecto, los hispanohablantes, y el español iba a servir de instrumento de comunicación y vertebración de las nuevas naciones, mientras que los valores de Occidente —la libertad, el derecho a la diferencia o el rechazo del poder absoluto— fructificaban en la Constitución de Cádiz a la par que en las de las nacientes repúblicas. Al terminar el período colonial,

eran, en efecto, pocos los hispanohablantes y esa lengua, el español, iba a servir iba a servir de instrumento de comunicación y vertebración de las nuevas naciones, mientras que los valores de Occidente, la libertad, el derecho a la diferencia y el rechazo del poder absoluto fructificaban en la Constitución de Cádiz, a la par, que en las de las nacientes Repúblicas.

Hemos preferido, sin embargo, el título general de *América en la Lengua Española*, que invierte la perspectiva habitual de “el español de América” o “en América”. Porque queremos analizar y poner de relieve no ya ese enriquecimiento general a que acabo de referirme y que podríamos ver simbólicamente cifrado en la épica mestiza del Inca Garcilaso o la lírica mestiza de Sor Juana Inés de la Cruz, sino, con una mirada prospectiva de futuro, en la irrupción formidable de América en la lengua y a través de ella en lo que hoy llamamos la Comunidad iberoamericana de naciones: en su realidad actual, en sus problemas y retos, y en sus posibilidades.

Tras la sesión inaugural, en la que intervendrán Jorge Edwards, Mario Vargas Llosa y Emilio Lledó, rendiremos homenaje a Gabriela Mistral y Pablo Neruda presentando sendas ediciones conmemorativas preparadas por la Real Academia Española y la Asociación de Academias, con la especial participación de la Chilena. “Que sea repartido todo canto en la Tierra”, pedía Pablo Neruda, quien, como decía García Lorca, estuvo siempre “más cerca de la sangre que de la tinta”. Y eso queremos hacer: llevar al pueblo su palabra y la de Gabriela —“todo agua será deslumbramiento, / el yermo echará flor y el guijarro esplendores”— en ediciones nobles y muy accesibles que irán enriquecidas con inéditos de sus legados.

No serán los únicos poetas que recordemos. La influencia decisiva del magisterio de Rubén Darío, Vicente Huidobro, César Vallejo, Pablo Neruda y Octavio Paz en la hispánica lírica, nos lleva a rendir homenaje a la poesía hispanoamericana actual, la de Juan Gelman y José Emilio Pacheco, la de Nicanor Parra y Gonzalo Rojas.

Y un tercer homenaje, obligado en un Congreso internacional chileno y en el contexto de las conmemoraciones del bicentenario, es el que vamos a tributar a don Andrés Bello, a quien, como tuve ocasión de recordar en Chile, José Martí llamó “el mejor de todos nosotros”. Su extraordinaria autoridad de primer gramático moderno del español —“el más genial de los gramáticos” llegó a llamarlo Amado Alonso— y, a la vez, de republicano eximio, bastó para cerrar el paso, en medio de las naturales confusiones revolucionarias, al conato de un independentismo lingüístico. Él fue el primero que, defendiendo la unidad del español, base de su fortaleza y de su valor como instrumento vertebrador de la comunidad hispánica, anunció la primacía que sobre toda la extensión del uso de nuestro idioma iba adquiriendo el español de América. La RAE le nombró primer académico honorario y adoptó como suya la Prosodia que Bello había escrito. Nosotros creemos que la presentación de la *Nueva gramática de la lengua española*, que por primera vez es una gramática del español total, uno y diverso; de una nueva redacción de la *Ortografía panhispánica*, y del *Diccionario académico de americanismos*, un sueño secular que la Asociación de Academias, está haciendo realidad y que recoge en casi 100 000 entradas el

léxico contrastivo, es decir propio sólo del español americano, creemos, digo, que esa triple presentación será el mejor homenaje que podemos ofrecer a ella en un acto en el que han de tener particular intervención las Academias de Venezuela y Chile, sus países de origen y de acogida.

Estructurado en cuatro Secciones, se ocupará el Congreso en la primera de ellas, cuyos ponentes generales serán don Alfredo Matus y don Agustín Squella, de las cuestiones específicamente lingüísticas. Además de los aspectos vinculados a la Independencia y a la configuración de las nuevas Repúblicas, prestaremos atención a los contactos lingüísticos y culturales del español con las lenguas indígenas, en un diálogo protagonizado por especialistas nativos de sus principales familias. Colocada al comienzo mismo del Congreso, esa consideración específica pretende sentar las bases para un posterior desarrollo transversal en todas las secciones, y principalmente, en las de “Lengua, política, economía y sociedad”, y en la de “Lengua y educación”.

En la historia de los encuentros y desencuentros, hemos decidido fijar la atención en los exilios, tan duros y numerosos en la historia reciente de nuestros pueblos y en los que — con nosotros está como ejemplo señero don Francisco Ayala— la lengua ha abierto la puerta del refugio y construido puentes para la comunicación de savia nueva. Cerrará esa sección el panel sobre la proyección internacional de la lengua española.

En la mente de todos cuantos estuvimos en el Congreso de Cartagena de Indias resuenan todavía las palabras de Carlos Fuentes, “Tenemos coronas de laureles pero andamos con los pies descalzos”, y las de Antonio Muñoz Molina, “la amenaza para el español no es el inglés sino la pobreza”. La lengua es el recurso básico de que dispone el hombre para ser sujeto activo, y no sólo objeto, en la configuración del mundo. Por eso, en la Sección segunda, titulada “Lengua española: política, economía y sociedad”, cuyo Ponente será el ex Presidente Felipe González, se abordarán temas como la contribución del español a la renta nacional y al empleo; su dimensión como lengua de intercambios económicos y, su función en la internacionalización empresarial en el ámbito iberoamericano; o, finalmente, la relación entre lenguas, migraciones y mercado de trabajo, y los efectos de la lengua en la integración laboral, social y política.

Será ponente de la sección tercera —Lengua y educación— la Premio Nobel de la paz Rigoberta Menchu. En ella se atenderá al español como vínculo de un espacio iberoamericano del conocimiento, y al problema básico de la calidad y la equidad educativa en la lucha contra la desigualdad y la pobreza. Sobre la pauta del bilingüismo que reconoce y alienta nuestra constitución en las comunidades españolas en que el castellano convive con otras lenguas cooficiales en ellas, se afrontará el proyecto de una educación integral bilingüe en el ámbito iberoamericano. Y, en línea con la política panhispánica que rige la acción de la Asociación de Academias, se estudiará un programa integrador iberoamericano de lectoescritura.

La cuarta y última sesión, cuyo ponente será Christopher Crommet, presidente de la CNN, estará dedicada a las relaciones entre Lengua y Comunicación. Somos conscientes de que la presencia, expansión e influencia general del español en el mundo está absolutamente ligada a su presencia en el ciberespacio. Pero debemos también saber que si todas las contribuciones para potenciarlo son buenas, una acción concertada de la Comunidad iberoamericana de naciones producirá una sinergia formidable. Y es la que, en el foro del Congreso, hemos de concretar explorando vías concretas en el campo de los nuevos soportes digitales; en la construcción de un espacio hispánico de comunicación, en el que puede inscribirse el proyecto de un nuevo dominio específico de la lengua española en la red, en el que trabajamos con la Secretaría de Estado de Comunicación, y en la potenciación de la industria editorial hispánica.

Antes de terminar, debo agradecer la ayuda que nos han prestado en la elaboración de este ambicioso programa numerosos organismos, entidades y grupos de estudio, de América y de España, y agradecer, sobre todo, al Gobierno de Chile, su generosa colaboración.

Este Congreso será el V de una serie que se inauguró jubilosamente en Zacatecas y que quedó marcado por la intervención rompedora de García Márquez que proponía la jubilación de la Ortografía que él, heterodoxo teórico, respeta con una escrupulosidad extrema. El de Valladolid supuso la mayor capacidad de convocatoria en participantes de todos los ámbitos de la ciencia y la sociedad. Pero llegó el Congreso de Rosario (Argentina) y el pueblo se apoderó de él: las gentes habían rehabilitado las fachadas de casas y comercios; la Municipalidad y el gobierno habían arreglado plazas y jardines, y el pueblo avasalló el teatro principal en el homenaje a Sábato y asistió en masa, colapsando el tráfico, a la sesión de fuegos artificiales en el río. Era un pueblo, sobre todo joven, que venía de muchas partes del país y de países vecinos. Ese sería el mismo pueblo que en Cartagena de Indias, y en el prelude conmovedor de Medellín, inundaba las calles y el recinto del Congreso con miles de camisetas multicolores con la inscripción “Yo hablo español”, que era una fe de bautismo —“hermanos de lengua y sangre”—, y un acto de compromiso con lo que eso impone en la familia de hispanohablantes, en la Comunidad iberoamericana de naciones. (Para no hablar de lo que fue el homenaje a García Márquez, quien no paraba de decir “¡carajo!, nunca se ha visto cosa igual ¡y vamos a empezar a creérselo!”).

Y ahora, Valparaíso: “oceánico amor, Valparaíso” dijo Neruda, quien en 1948 — tiempos difíciles en Chile— buscó allí, de casa en casa de marineros, refugio seguro: g“para que yo entrara de pronto, / de noche, de tarde o de día / y sin conocer a nadie / dijera : ‘Hermano, ya sabes quién soy, / me parece que me esperabas”.

A esa ciudad “elevada en el aire de la altura” llegaremos con esa sola tarjeta de presentación grabada en el pecho: “yo hablo español”. Valparaíso nos está esperando.